

Francisco Romero

Liquidación total

Baobab Teatro

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella, mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2009 Francisco Romero

Baobab Ediciones

San Francisco, 67. 13270 ALMAGRO

Tfno: 629915273

www.ebaobab.com

pacoromero@ebaobab.com

La acción transcurre en el interior de una tienda de lencería. Se desarrolla en dos actos separados por un día. La tienda tiene un mostrador con estanterías de fondo, y a un lado las cortinas de un probador. Junto a este hay un maniquí de hombre que únicamente lleva unos calzoncillos puestos.

PERSONAJES POR ORDEN DE APARICIÓN

REMEDIOS. La mujer de la limpieza. Es viuda y tiene cuarenta años.

RAQUEL. Dependienta. Está soltera y tiene veinticinco años.

MARTA. Dueña de la tienda. Treinta y pocos años, soltera.

MARÍA. Tiene un puesto de quinielas. Casada sin hijos y más de cincuenta años.

PETRA. Madre de Marta. Tiene sesenta años.

BRÍGIDA. Una clienta. Se cree una mujer de raza superior. Cerca de cuarenta años.

LUISA. Mujer casada y con hijos. Amiga de Pepi. Tiene cincuenta años.

PEPI. Separada de cuarenta años que tiene una nueva oportunidad.

JUANA. Clienta de treinta años que lleva cinco años casada.

PRIMER ACTO

Remedios está terminando de limpiar la tienda mientras canta.

REMEDIOS. (Mientras le pasa el plumero al maniquí.) ¿Y quién es ella? ¿Cómo se enamoró de ti? ¿A qué dedica el tiempo libre? Es una ladrona, me lo ha robado todo.

Entra Raquel, lleva una bandeja envuelta en papel en las manos y la deja en el mostrador.

RAQUEL. ¡Hola Remedios! Veo que hoy estás muy alegre.

REMEDIOS. Le cantó al marqués porque el pobre es de plástico y no tiene culpa de nada de lo que me pasa. Si fuera un hombre de verdad me las iba a pagar por todos juntos, y por todas, porque hay cada bicha por ahí...

RAQUEL. ¿Qué te pasa esta vez?

REMEDIOS. Lo de siempre, que lo de ser viuda y tener suegra me tiene matá. Yo no culpo a mi Paco porque me saliera de mala calidad y se me muriera

tan pronto. Pobrecillo, supongo que él no quería, pero lo que no le perdono es que me dejara sola con su madre en la misma casa. Eso clama al cielo.

RAQUEL. Yo creo que tendríais que divorciaros antes de que la convivencia se deteriore.

REMEDIOS. Yo con que le dé el arrechucho definitivo y se vaya con su hijo me conformo.

RAQUEL. Pero mujer, cómo puedes pensar eso.

REMEDIOS. Si es lo que ella quiere. Se pasa el día hablando de lo bueno que era su Paco antes de conocerme y de lo mucho que lo echa de menos. Pues que se vaya con él. No veas lo tranquila que me iba a quedar si la palma, y con la casa para mí... Pero no, esa es de las que hay que darle la puntilla para que se mueran.

RAQUEL. ¿Ha llegado Marta?

REMEDIOS. Está por ahí dentro con unas botellas de cava.

Sale Marta.

MARTA. ¡Hola Raquel! Estaba haciendo hueco en

el frigorífico para meter los canapés. Las botellas ya las he guardado en el congelador para que se mantengan muy frías.

REMEDIOS. Hay que ver cómo vivís. No os priváis de nada. Cava, caviar y seguro que os sobran los hombres.

MARTA. Sobre todo eso, a montones los tenemos. Aunque un día es un día y hay que celebrarlo.

REMEDIOS. Pues a ver si me guardáis algo en el frigorífico para cuando venga mañana a limpiar.

MARTA. No te preocupes que pensaremos en ti y tendrás algo de comer y beber.

REMEDIOS. Eso espero. Ya he terminado por hoy, voy a guardar los trastos y a cambiarme.

Remedios va a la trastienda y se lleva los útiles de limpieza.

RAQUEL. ¿Crees que vendrán muchas clientas?

MARTA. Espero que no demasiadas porque nos quedaríamos muy pronto sin cava ni comida. Sobre todo espero que nos libremos de las gorronas, las que

vienen a mirar y nunca compran.

RAQUEL. Me temo que esas serán las primeras en llegar. Nunca fallan. Parece que lo huelen en el ambiente.

MARTA. (Señalando la bandeja.) ¿De qué los has traído?

RAQUEL. De salmón, queso, jamón, caviar de imitación y vegetales. También los hay light para las que no quieren engordar.

MARTA. Muy bien, así ninguna se podrá lamentar.

Regresa Remedios.

REMEDIOS. Bueno chicas, me marchó. Espero que no se os suba el cava a la cabeza.

RAQUEL. Puede que sea mejor que se nos suba un poco.

REMEDIOS. Ya lo veré mañana cuando venga a limpiar. No lo dejéis todo manga por hombro.

MARTA. No te preocupes, seremos buenas chicas.

REMEDIOS. Adiós y suerte. (Se vuelve hacia el maniquí.) Hasta mañana marqués. (Sale.)

RAQUEL. Lo que le gusta nuestro Harrison. No sé por qué siempre lo llama marqués.

MARTA. Yo creo que llama así a todos los hombres.

RAQUEL. (Mientras coge la bandeja) Voy a llevar esto al frigorífico.

Sale Raquel y entra María, parece que lleva mucha prisa.

MARÍA. Vengo a felicitaros. Me he dicho que quiero ser la primera y aquí estoy para que sepáis que siempre me acuerdo de vosotras. Las amigas y compañeras de fatigas estamos para eso.

MARTA. Muchas gracias.

MARÍA. Hay que ver lo rápido que ha pasado este año. Os confieso que al principio no os daba más de dos meses. Pa mis adentros me decía que eso de la lencería fina no tenía ningún futuro. Por aquí siempre se han utilizado las bragas de felpa y las batas

guateadas. Los negligés, los bodies, ligueros y wonderbras eran prendas que no se conocían o que utilizaban las que estaban mal vistas.

MARTA. (Al tiempo que regresa Raquel) No ha sido fácil acostumbrar a nuestras clientas, y todavía nos queda mucho por hacer para garantizar la estabilidad del negocio.

RAQUEL. Y tener clientas que no solo se sepan de memoria el nombre de las prendas íntimas, sino que también se atrevan a utilizarlas.

MARÍA. Pero, hija mía, a mi edad para que quiero yo finezas si nadie me va a mirar.

MARTA. Eso es lo que tú no sabes.

MARÍA. Lo sé muy bien. Yo ya gasté mis mejores años con el cazurro de Anselmo y ahora no me veo con un negligé de seda tratando de motivarlo.

MARTA. ¿Y no te arrepientes?

MARÍA. No creas que en alguna ocasión no lo he lamentado. En la juventud oportunidades no me habrían faltado, pero qué se le va a hacer. Eran otros

tiempos y me decidí por el que creía que iba a ser el mejor, y ahora no hay quien lo arranque de la tele con tanto partido que televisan.

RAQUEL. Quizás necesite de nuevos estímulos para recobrar el vigor.

MARÍA. A ese sólo le dio vigor el doblete del Atleti. Aquellos eran otros tiempos, pero como ahora ganan tan pocos partidos, lo tengo todo el día mustio.

MARTA. Te recuerdo que hay más hombres en el mundo.

MARÍA. Si eso lo sé muy bien. No creáis que no tengo ojos para mirar. Pero no son para mí, eso es algo que ya olvidé hace años. (Mira al maniquí.) Bastante tengo con contemplar a vuestro Harrison de vez en cuando. Hay que ver lo bien hecho que está este hombre. Si los de verdad salieran tan remataos como este y con algo de más gracia. Porque al pobre le quedarán muy bien los calzoncillos y tendrá un tipazo, pero de ahí no hay quien lo saque.

RAQUEL. Ese es el gran problema de los hombres, los que tienen buena planta, maldita sea la gracia

que gastan, y a los graciosos, se te quitan las ganas de mirarlos tras el primer chiste.

MARTA. Eso sin contar a los que no tienen ni planta ni gracia y se creen maravillosos.

RAQUEL. Que son la inmensa mayoría.

MARÍA. Por cierto, hablando de hombres. ¿Quién era ese muchacho tan majo con el que te vi entrar al cine el sábado?

RAQUEL. Ese muchacho era el representante de una nueva marca de lencería erótica y teníamos que hablar de negocios.

MARÍA. (Desconfiada) Seguro, un sábado por la noche es el momento más indicado para hablar de negocios. No me extrañaría que quisiera probarte muchos sujetadores.

RAQUEL. Pues no, no quería probármelos, solamente me quito el que llevaba puesto y no me lo volvió a poner en toda la noche.

MARÍA. ¡Huy que picarona! Eso me lo tienes que contar más despacio y con todo detalle.

RAQUEL. Por supuesto, te haré un relato pormenorizado con todo lo que ocurrió a lo largo de la noche.

MARÍA. Ahora no tengo tiempo, tengo que regresar al despacho. Seguro que el tonto de mi Anselmo se hace un lío con la máquina de sellar los boletos y me mezcla las quinielas con la primitiva. Siempre tengo que estar pendiente de todo. Volveré más tarde y me lo cuentas. (Sale.)

MARTA. No me habías contado nada de esa aventura nocturna. ¿Quién fue el galán y qué pasó?

RAQUEL. El galán fue mi primo Alberto y no pasó nada. Acababa de romper con su novia después de nueve años de noviazgo y vino a llorarme a mí, como si yo no tuviera suficientes motivos para llorar por mis propias desgracias para tener que hacer de consejera.

MARTA. ¿Por qué le has mentado a María?

RAQUEL. Porque es una chismosa y lo va contando todo por ahí. Si quieres que todo el mundo se entere de algo, lo mejor es pedirle que te guarde el secreto, nunca falla.

MARTA. ¿Para qué quieres que todo el mundo sepa que has tenido una cita?

RAQUEL. Prefiero tener fama de vampiresa que de una pobre estúpida. A ver si el imbécil de Jesús se siente picado y se anima de una puñetara vez a invitarme a cenar.

MARTA. Yo pensaba que ya te habías olvidado de él.

RAQUEL. Ya me gustaría, pero por aquí no abundan los hombres interesantes, y hasta que no aparezca algo mejor habrá que hacerse ilusiones con lo malo conocido.

MARTA. Te has fijado en el tipo que ha abierto la tienda de fotografía.

RAQUEL. Sí que me he fijado en Luc. La verdad es que está muy bien el chico, es lo más parecido a Harrison que he visto últimamente.

MARTA. Y parece muy simpático. Deberías ir a que te hiciera unas fotos de carnet.

RAQUEL. No sé, tiene algo que me mosquea. Todavía no sé lo que puede ser, pero parece demasiado

perfecto para ser real.

MARTA. Puede que haya alguno que lo sea.

RAQUEL. ¿De verdad crees que puede haber un hombre perfecto?

MARTA. Por supuesto que no, pero la ilusión hay que mantenerla hasta el final, de lo contrario nuestro negocio se iría a pique en dos semanas.

Entra Petra.

PETRA. No me habléis que vengo muy alterá y con la espalda que me trae a mal traer.

MARTA. ¿Qué pasa esta vez, madre?

PETRA. Dos horas de espera con tu padre en el médico para que venga uno de esos nuevos y le diga que no tiene nada. No hay derecho, os juro que no hay derecho. Fijaos que le ha dicho que está fenomenal de salud para su edad. Estos médicos jóvenes no tienen ni idea.

RAQUEL. Pero eso es muy bueno.

PETRA. No lo creas. Él prefiere estar enfermo, le

gusta sentirse muy débil para que siempre tenga que estar pendiente de él. Qué trabajo le hubiera costao al médico recetarle algo para que se fuera tranquilo y pudiera seguir quejándose.

RAQUEL. No entiendo nada.

PETRA. Es que el pobre es peor que un crío de dos años. (A Marta.) Creo que deberías hablar con él. A ti siempre te ha hecho más caso, a ver si deja de estar tan insoportable.

MARTA. ¿Y qué le digo?

PETRA. Pues que se anime. Desde que se ha jubilado no lo aguanto. Se pasa todo el día como un alma en pena dando tumbos por la casa y todo le duele.

RAQUEL. Hay muchos hombres que cuando se jubilan creen que se han vuelto inútiles.

PETRA. Él ya lo era mucho antes de jubilarse, eso lo tengo asumido. Nunca supo hacer nada por sí mismo, ni siquiera servía para arreglar los enchufes, que es lo que suelen hacer los otros maridos... Si al menos pudiéramos ir a alguno de los viajes de los jubilados. A lo mejor nos entreteníamos un poco y se le pasaban

los achaques.

MARTA. Ya sabes que siempre se marea en los autocares.

PETRA. En los autocares, en los trenes y en todo lo que se mueva. Tu padre se marea con pensar que se tiene que mover del sofá. Vamos, que últimamente hasta ve todas las novelas del corazón en la tele porque le da miedo salir a la calle.

RAQUEL. Debería irse sola para darle celos, a ver si se anima.

PETRA. A mi pobre Eusebio ya no le queda espíritu ni para tener celos. En fin, voy a sentarme un rato que no tengo el cuerpo para ir ahora a la pescadería; porque esa es otra, cualquiera se atreve a comprar una rodaja de merluza. Eso sí que es para ponerse enfermo. (Abre el bolso, saca la labor que lleva y se pone a hacer ganchillo.) Te estoy haciendo un pañito con el hilo que me ha sobrado de la colcha, para que lo pongas encima de la tele.

MARTA. Madre, que eso ya no se lleva.

PETRA. Un buen pañito nunca pasa de moda, y ya

es hora de que adcentes un poco tu casa, que mucho arreglar la tienda, pero hay que ver cómo me tienes la casa, hecha un adefesio.

MARTA. Como a mí me gusta, para eso es mía.

PETRA. Tú necesitas a un marido a tu lado y tener familia propia para enderezar tu vida.

MARTA. Eso, y así podré ser tan feliz como tú y podré pasarme todo el tiempo quejándome de mi marido.

PETRA. A toda mujer le llega su hora de casarse, o de arrejuntarse, y si espera demasiado, se puede echar a perder porque ningún hombre se fijará en ella.

RAQUEL. (Bromeando) Entonces puede dedicarse a vestir santos que es una actividad muy entretenida.

PETRA. Vosotras tomároslo a broma que ya me diréis cuando seáis dos solteronas.

Entra Brígida.

BRIGIDA. Buenos días.

MARTA. Buenos días, ¿en qué podemos atenderla?

BRIGIDA. He visto que estáis haciendo liquidación de temporada y quería ver si encontraba algo interesante que llevarme.

MARTA. ¿Alguna prenda en particular?

BRÍGIDA. Estoy haciendo una gran renovación de mi vestuario y quiero que la ropa interior vaya en consonancia con el resto de las prendas y con mi refinado estilo.

MARTA. Aquí encontrará todo lo que busca. Tenemos un amplio surtido en sujetadores, bragas, pantis, negligés, bodis y hasta ligueros. Todo en las mejores marcas y con preciosos diseños.

RAQUEL. Y también tenemos fajas de todos los tamaños y con un gran poder de sujeción, vamos que nada se les escapa.

BRÍGIDA. Yo nunca me he puesto faja, jamás la he necesitado.

PETRA. Pues las fajas son mi salvación. No sé lo que haría sin mi faja, lo bien recogida que me siento con ella. Antes era un sin vivir y sufría un calvario cada vez que tenía que salir a la calle sin sentirme

controlada.

BRÍGIDA. A mí me gusta ir suelta. Quiero que mi cuerpo se sienta libre, sin ataduras.

RAQUEL. (Bajo a Petra.) Yo más bien diría rebo-sante.

BRÍGIDA. Aunque tengo que reconocer que últi-mamente me he descuidado un poco y, con algunos excesos en las continuas fiestas a las que me veo obli-gada a acudir, peso tres kilos de más, pero muy pronto recuperaré mi espléndida figura.

PETRA. ¿Solo tres, ha dicho?

MARTA. Sí, madre, solo tres.

RAQUEL. (Irónica.) Pues fíjese que yo había pen-sado que tenía un tipo ideal, ni un gramo de más.

BRÍGIDA. Eso es lo que me dicen todos los hom-bres, pero son unos aduladores que siempre intentan conquistarme con sus alabanzas. Pero yo me conozco muy bien y sé hasta dónde puedo descontrolarme. Lue-go, en pocos días, me recupero.

MARTA. Ya me gustaría tener ese control.

BRÍGIDA. (Señalándose la cabeza.) Todo está aquí guardado, en la mente. Concentrándome puedo conseguir todo aquello que deseo. Pero comprendo que no todas pueden tener mi fuerza de voluntad.

RAQUEL. ¿También puede conseguir a los hombres que se proponga concentrándose?

BRÍGIDA. Eso es lo más fácil de todo, nunca falla.

MARTA. ¿Tiene mucha experiencia con ellos?

BRÍGIDA. Yo lo sé todo sobre los hombres. Los conozco nada más verlos, sus virtudes y defectos, si merecen la pena o es mejor apartarse de ellos. Nada se me escapa, pero ya estoy muy cansada de su constante acoso. Últimamente me aburren mucho porque les falta clase.

RAQUEL. ¡Qué envidia! A mí no me acosa ninguno interesante. Vamos que desde hace algún tiempo no se me acercan a menos de cincuenta metros, y no me importaría sentir esa sensación de cierto acoso en algún momento. Creo que yo no me aburriría, sobre todo si son guapos.

BRIGIDA. Se debe al sex-appeal.

PETRA. ¿Qué es eso?

BRÍGIDA. Un atractivo especial que tenemos ciertas mujeres guapas que nos hacen ser muy deseadas por los hombres.

MARTA. Se ve enseguida que usted lo tiene.

RAQUEL. A borbotones. Tiene quintales de sex-appeal, no hay más que contemplarla.

BRÍGIDA. Porque a mí no me gusta presumir ni alardear de mis conquistas, pero si yo les contara a todos los hombres que conozco, se sorprenderían, puede que creyeran que soy una mentirosa.

PETRA. ¿Tan importantes son?

BRÍGIDA. Más de lo que se imaginan.

Regresa María.

MARÍA. Por fin he podido escaparme otro rato. ¿Habéis abierto ya las botellas de champán?

MARTA. Todavía es pronto, esperaremos un poco más, no es cuestión de atender la tienda estando borracha.

BRÍGIDA. A mí me encanta el champán francés, es la única bebida que puedo tomar.

RAQUEL. Y a quién no, pero nos tenemos que conformar con cava español y del que esté de oferta en el supermercado, que también está muy bueno.

MARÍA. Y que lo digas. ¿Me he perdido algo importante?

RAQUEL. Aquí la señora nos estaba contando cosas muy interesantes sobre su relación con hombres muy importantes.

MARTA. De los que nunca se ven por aquí.

MARÍA. Eso suena muy bien. Siga contando.

BRÍGIDA. No me agrada hablar sobre el tema, porque si se enteran las revistas del corazón puedo meterme en líos. Gente a la que quiero mucho se puede ver en una situación muy comprometida.

MARTA. Es comprensible. Los paparazzi andan continuamente por este barrio buscando exclusivas.

MARÍA. (A Brígida.) Hable usted que nosotras somos como tumbas, nadie se enterará de lo que nos

cuenta.

RAQUEL. De eso puede estar completamente segura.

BRÍGIDA. No sé si fiarme.

PETRA. No será una de esas mujerzuelas de lujo que se venden a los hombres ricos por dinero.

MARTA. Por Dios, madre, hay que ver qué cosas dices.

PETRA. Como últimamente se ven cosas tan raras en la tele.

BRÍGIDA. Déjela, estoy acostumbrada a que me digan cosas mucho peores. La envidia de las mediocres nos juega estas pasadas a las que tenemos mucha clase. No nos perdonan que siempre nos lleve-mos a los mejores.

MARÍA. ¿De verdad ha tenido relaciones con famosos?

BRÍGIDA. Con muchos más de los que hubiera deseado. Algunos de ellos, que no eran nadie cuando los conocí, deseaban promocionarse a mi lado, pero

siempre he sabido vengarme de los impostores. Con una servidora nadie juega.

RAQUEL. Pues el caso es que su cara no me suena de nada. No recuerdo haberla visto en las revistas ni en la tele.

BRÍGIDA. Hace algunos años que me retiré para descansar y hacer una cura antiestrés. Esa vida es tremendamente agotadora y una se puede quemar muy pronto. Pero ya estoy preparada para volver a los escenarios, y va a ser muy espectacular mi regreso.

MARÍA. El caso es que yo diría que su cara me suena de algo, pero ahora no sé de qué.

BRÍGIDA. Yo soy la gran cantante Brigitte Carmin.

PETRA. No la conozco.

MARÍA. Ahora que lo dice, creo que he visto una cinta suya en una tienda de todo a cien o en otro lugar parecido.

RAQUEL. A lo mejor fue en los expositores de una gasolinera.

BRÍGIDA. (Molesta) Mis discos se venden en los mejores establecimientos musicales y siempre han estado en los primeros puestos del hit-parade. Yo he actuado en las ciudades más importantes de España y se me conoce mucho en toda Iberoamérica por mis giras. Allí tengo muchos clubs de fans. Los Carmín clubs se llaman.

PETRA. ¿Son esos sitios que tienen luces rojas en las carreteras?

MARTA. No, madre, eso no tiene nada que ver con la señora. (A Brígida.) Discúlpela, ya sabe que a cierta edad la memoria juega malas pasadas.

BRÍGIDA. Es cierto que la vejez no perdona.

PETRA. Yo no soy ninguna vieja.

MARÍA. Todas lo sabemos, señora Petra. (Se vuelve hacia Brígida.) ¿Hay famosos que conozcamos nosotras con los que haya estado?

BRÍGIDA. Por supuesto. Hay cantantes, actores de Hollywood, políticos y algún que otro banquero, pero prefiero no desvelar más detalles de momento. He vendido la exclusiva de mis memorias a una revista.

Muy pronto estará todo publicado con gran cantidad de anécdotas.

Entran Pepi y Luisa. Brígida se muestra extrañada cuando las ve.

LUISA. (Sorprendida) Pero Brigi, no sabíamos que tú también fueras clienta de esta tienda.

PEPI. Llevábamos mucho tiempo sin verte y nos preguntábamos si te habría pasado algo malo.

BRÍGIDA. (Manteniéndose distante.) No me ha pasado nada.

LUISA. Lo preocupadas que nos tenías, sobre todo cuando nos contó tu madre lo de las pastillas en el sanatorio. Lo mal que lo ha pasado la pobre. Hasta se temió lo peor.

PEPI. Y tú debiste sufrir mucho estando tan sola.

BRÍGIDA. Ya he dicho que no pasó nada, y ahora tengo que marcharme.

MARTA. (Sorprendida.) ¿No mira antes todas nuestras ofertas? Tenemos muchas novedades.

RAQUEL. Y de paso nos dice dónde saldrán publicadas sus memorias.

BRÍGIDA. Ahora no tengo tiempo, tengo una cita. Volveré en otro momento. (Sale muy rápida.)

RAQUEL. ¿Qué le habrá pasado para que le entre tanta prisa?

MARÍA. Sobre todo por lo interesante que se estaba poniendo la conversación.

LUISA. ¿Qué os estaba contando?

MARÍA. Sus aventuras con hombres famosos.

PEPI. ¡Ay, qué más quisiera ella! La pobre no ha salido con un hombre en toda su vida, ni siquiera cuando era más joven. Ese es su gran trauma, pero le cuesta asumirlo y se inventa su propia vida.

LUISA. Y fantasía no le falta.

RAQUEL. Ya me extrañaba a mí que hubiera sido cantante con ese tipo tan raro que tiene.

LUISA. Si cantante sí que lo fue, cantaba en el coro de la iglesia, y hasta decían que no lo hacía mal.

Pero la pobre acabó creyéndose una estrella.

PEPI. De las mejores, como la Jurado o la Pantoja.

LUISA. Y un día le dio por arrancarse en plena iglesia cantando canciones de verbena. Os podéis imaginar la cara que se le puso el cura cuando, en plena consagración en la misa del día de la Virgen, Brígida empezó a cantar «La vida es una tómbola».

PEPI. Qué vergüenza pasamos todos. No imagináis lo que costó callarla y el escándalo que se organizó en la iglesia. Hasta salió en el periódico. Al cura casi le da un síncope.

LUISA. Tuvieron que pedirle que abandonara su vocación y nunca lo superó.

PEPI. Lo malo es cuando le entran los delirios. Varias veces le han dicho que se someta a un tratamiento, pero siempre dice que a ella no le pasa nada, son los demás los que están mal.

LUISA. Y entonces se infla a comer.

MARTA. Ya lo hemos notado.

PEPI. Siempre dice que gasta la talla treinta y ocho,

y no hay forma de hacerla entrar en razón.

RAQUEL. Anoréxica que está.

LUISA. Una vez hasta reventó un vestido cuando se lo probaba. El explotó se escuchó en toda la tienda, y tuvo la desfachatez de reclamar por lo mal confeccionado que estaba.

PETRA. Hay que ver lo mal que se pueden poner las cabezas.

PEPI. Hace poco tiempo tuvieron que ingresarla en el psiquiátrico, y la pobre estuvo cerca del suicidio por una sobredosis de tranquilizantes.

MARTA. Ya me parecía a mí que no regía demasiado bien.

RAQUEL. Como una regadera.

LUISA. Pero, en fin, no hemos venido a hablar de la Brigi y sus locuras, sino de los hombres y cómo conquistarlos.

RAQUEL. Eso suena mucho más interesante. Aunque yo nunca he conseguido dar con la clave de cómo conquistar a los que me interesan, solo los más pesa-

dos se acercan.

PEPI. Eso siempre pasa.

LUISA. Pero ahora no es tu caso, y tienes que aprovechar la ocasión. Verás como esta vez no se te escapa.

MARTA. Si podemos ayudar en algo.

PEPI. Buscamos algún conjunto para ponerme esta noche.

LUISA. Tiene que tratarse de algo muy especial, algo único. Tiene la cita más importante de su vida.

PEPI. Mujer, tampoco hay que exagerar, que una ya tiene alguna experiencia con los hombres.

LUISA. Y así te ha ido. Tu vida se ha convertido en un completo disloque.

RAQUEL. Con los hombres suele ser lo más habitual.

MARÍA. Y a las que nos va bien, tenemos que cargar para siempre con un energúmeno que se supone que algún día fuimos capaces de considerar el hom-

bre más importante que íbamos a conocer. Mira que si yo hubiera sabido lo que sé ahora, todo hubiera sido diferente.

PETRA. Algunas no nos podemos quejar de nuestra suerte. El marido no nos ha salido demasiado malo.

MARTA. Pero si siempre te estás quejando de papá.

PETRA. Es que el pobre es un inútil y un miedica, pero al menos no es de esos sinvergüenzas que pegan a sus mujeres.

MARÍA. El mío ya puede dar gracias porque no le dé una paliza cada vez que me pone el fútbol, que no creáis que no me dan ganas, pero, como al fin y al cabo vivimos de las quinielas, me tengo que aguantar.

MARTA. Vamos al caso, que tenemos que resolver la papeleta de Pepi. Y para poder recomendarte algo, lo mejor es conocer cómo está la situación.

LUISA. Veréis, se trata de un abogado muy bien situado y que maneja mucho dinero. Hace un año se quedó viudo y el pobre no lo ha pasado muy bien. Quiso mantenerse fiel a su mujer, pero claro, un hombre es un hombre aunque tenga cincuenta y cinco años. Los

instintos son algo que nunca se pierden.

MARÍA. Sobre eso habría mucho que discutir.

PEPI. Yo lo conocí hace un mes en el registro. Fue a consultar unos datos sobre la propiedad de una finca que pertenecía a su mujer, y le ayudé a resolver ciertas gestiones.

LUISA. Fijaos qué detalle tuvo. Un día le llevó un ramo de flores en gratitud por su ayuda.

MARTA. Es una pena que los hombres de ese nivel se estén extinguiendo.

RAQUEL. Deberían declararlos especie protegida. Si lo están los buitres, que son más bien feos, pienso que también deberían estarlo los hombres galantes y románticos, que hay muchos menos.

LUISA. Lo que yo me digo. Una oportunidad así no hay que dejarla pasar por nada del mundo.

PEPI. Es posible que estemos sacando las cosas de quicio. Se trata de una cita.

LUISA. Una cita dice, y le hizo llevar la invitación a la cena acompañada de una orquídea natural.

RAQUEL. ¿Una orquídea?

MARÍA. Y yo que pensaba que eso sólo ocurría en las películas.

MARTA. Un caso así hay que estudiarlo debidamente. Ha llegado el momento de sacar el cava y los canapés.

RAQUEL. Voy a por ellos.

MARÍA. Te ayudo. (Salen.)

PEPI. Yo estoy a dieta.

LUISA. Cuando tu vida está en juego, no hay dietas que valgan, y de aquí a esta noche no vas engordar.

MARTA. Tenemos canapés light y el cava puede ayudar a subir el ánimo. Resulta muy bueno para vencer la timidez.

PEPI. No me gustaría presentarme borracha.

Regresan Raquel y María con una botella, varias copas y la bandeja de los canapés.

LUISA. No se trata de estar borracha, pero sí un

poco desinhibida. A los hombres que han pasado por situaciones difíciles les cuesta arrancar y agradecen algo de ayuda.

PEPI. Yo creo que es mejor que esta noche no pase nada. Ya habrá tiempo para esas cosas más adelante.

LUISA. Mujer, que él tiene cincuenta y pico años y tú ya rondas los cuarenta. No estáis en condiciones de iniciar un largo noviazgo de miraditas, besos furtivos y esperar a que se hagan públicas las amonestaciones. Los tiempos han cambiado una barbaridad. Ahora es el momento de aquí te pillo, aquí te mato.

MARÍA. (Mientras termina de colocar los canapés.) Desde luego qué tiene razón, hoy el tiempo es dinero... Por cierto, esto tiene pinta de estar estupendo.

PETRA. No sé dónde vamos a llegar con tanto libertinaje. Antes se hacían las cosas como Dios manda y todo iba muy bien.

MARTA. No hay más que veros a ti y a papa por un lado, y a María y su marido por otro para ver lo bien que se hacían las cosas.

MARÍA. (Mientras come.) En eso me parece que llevas razón.

LUISA. No lo sabes bien.

PETRA. A mí me parece mucho descarar.

RAQUEL. (Mientras termina de llenar y repartir las copas.) Que no se trata de descarar, señora Petra, que si una se descuida, llega la primera despabilada y te levanta la presa. Y si encima tiene dinero, no hay tiempo que perder que los chollos no abundan.

PEPI. A mí todo esto me asusta un poco.

LUISA. Si te ha invitado a cenar en el restaurante más lujoso de la ciudad es para pedirte el matrimonio. Ese hombre no es de los que tienen amantes. Él quiere algo fijo.

MARTA. Antes de entrar en detalles, vamos a brindar para celebrar nuestro aniversario y, de paso, por el éxito de Pepi en su conquista.

PETRA. Yo no debería beber, por la tensión.

MARTA. Como si no supiera que cuando te visita tu amiga Fulgencia os bebéis una copa de anís.

PETRA. Pero sólo un dedal para mantener el ánimo ante los disgustos que nos da la vida.

RAQUEL. (Levantando la copa.) A brindar.

Todas brindan.

MARÍA. Qué rico está esto.

LUISA. Buenísimo.

MARTA. Volvamos al caso que nos ocupa. En una ocasión como esta no hay que dejar nada a la improvisación. ¿Qué vestido vas a llevar en la cena?

LUISA. Se va a poner un vestido negro largo muy elegante y bastante escotado.

PEPI. No tan escotado.

LUISA. Pues ya tiraremos del cuello para abajo para que sea más sugerente.

MARTA. Tenemos unos conjuntos preciosos con sujetador de media copa que son como un guante y no veas como realzan el talle.

LUISA. ¿En qué color los hay?

RAQUEL. Blancos y creo que hay alguno en negro. Voy a mirar.

PEPI. A mí me gusta más el blanco.

LUISA. ¡Qué dices! El negro resulta mucho más insinuante, e irá a juego con el vestido. Seguro que no falla.

RAQUEL. (Mientras saca unas cajas.) Yo también soy partidaria del negro, me parece más bonito. Mira, aquí los tengo.

PETRA. Pues yo lo veo muy fúnebre, como si estuviera de luto.

MARÍA. De luto es lo que estamos nosotras, señora Petra, nuestra vida ya parece un velatorio. Y al menos usted ha tenido hijos, pero yo ni eso.

PETRA. Hay que tener resignación. Esos son los designios del Señor.

MARÍA. Del Señor y de mi Anselmo, que no ha valido ni para hacerme un hijo.

PEPI. (Tras ver el conjunto.) Sí que es muy bonito el negro.

LUISA. Entonces decidido, será negro.

MARTA. Aunque lo más importante para triunfar no es la ropa, sino la actitud que lleves a la cita.

LUISA. Sobre todo eso. Una no puede ir como un cordero al degolladero. Hay que acudir con dignidad.

RAQUEL. Pero sin pasarse demasiado, no vaya a ser que al final se quede muy digna y sin hombre.

PEPI. Creo que le estáis dando demasiada importancia a la cita. Parece como si todas os jugarais algo en ella, cuando es mi futuro el que está en juego.

MARÍA. (Alzando el puño al aire.) De eso nada. Es el futuro de nuestro propio sexo, el triunfo de una de nosotras es el triunfo de la comunidad.

MARTA. Esto me recuerda a los viejos tiempos, cuando asistía a manifestaciones. Temo que el cava se me esté subiendo a la cabeza.

RAQUEL. ¡Con el alcohol a la revolución contra los hombres!

PETRA. Eso no puede ser bueno.

LUISA. Pues yo me estoy animando mucho.

MARÍA. Yo me he desmadejao con el cava y ya no hay quien me controle. Ahora que miro al Harrison, se me hace como si estuviera viendo a mi Anselmo, mucho mejor plantao, dicho sea de paso. Me imagino a mi hombre, como el pensamiento es libre le coloco la cara del Paul Newman. Cómo me ha gustado siempre ese hombre.

PEPI. ¿Y a quién no?

LUISA. A todas nos traía locas.

PETRA. A mí siempre me gustó mucho el Jorge Negrete.

MARTA. Tú eres de otra generación.

RAQUEL. De la prehistoria.

PETRA. Pues ese hombre era más guapo que los de ahora.

MARTA. Nadie lo duda, madre. Y ahora, María, sigue contando los que te imaginabas.

MARÍA. Pues mi hombre deja de ver el fútbol en

la tele, digo hombre porque marido suena a algo muy soso y carente de morbo. Él no lleva puesta la sucia camiseta de tirantes, que le hace inmensa la barriga, ni las alpargatas con las que tanto le huelen los pies. Con la cara del Paul Newman y el cuerpo como el de los nadadores que salen los veranos en las olimpiadas, que hay que ver lo bien colocaos que tienen los músculos esos chicos.

LUISA. Yo me digo que no pueden ser de verdad. Esa carne es de laboratorio, que ahora se hacen muchas trampas.

MARÍA. Sea de donde sea, el caso es que no les sobra na. Pues bien, ese hombre se levanta, ya muy bien arreglado, como un galán, y me mira fijamente a los ojos con una de esas miradas que derriten.

MARTA. ¿Qué te dice?

MARÍA. Me dice con voz ronca y muy profunda, de las que ponen los pelos de punta: I love you Mary. Comprenderéis que ya que me lo imagino tan guapo, también le cambie la voz y las palabras las diga en inglés, porque el pobre de mi Anselmo, cuando se pone romántico, lo más fino que me dice es: Vamos pal ca-

tre María que hoy toca. Y no creáis que eso lo hace muy a menudo, unas dos o tres veces al año.

LUISA. Pues mi marido ni eso, gasta menos en palabras que en regalos. El último debió hacérmelo para la petición de mano y lo eligió la bruja de su madre, que en paz descanse, pero que no vuelva. Y encima, cuando le miro, soy incapaz de ver a otro que a mi Genaro. Ni Paul Newman, ni Sean Connery se me han aparecido nunca. Hasta la imaginación he perdido en veintidós eternos y rancios años de matrimonio.

RAQUEL. Para que luego digan de las maravillosas prestaciones de los latin lover españoles.

PEPI. Pues yo leí en una revista que los españoles lo hacían una media de tres veces por semana.

MARTA. A lo mejor quería decir que había tres españoles que lo hacían cada semana.

LUISA. Es lo más normal, sobre todo en las casadas veteranas.

RAQUEL. A la mayoría de las solteras nos toca abstinencia continua.

PEPI. Pues una joven guapa como tú no debería tener problemas. Por cierto, cuando hemos pasado por la tienda de fotografía, hemos visto a un chico muy majo.

LUISA. ¡Qué planta tenía el muchacho y con qué estilo se arregla! Parece un modelo.

RAQUEL. Ya lo tenemos fichado, se llama Luc y lleva muy poco tiempo por aquí. Habrá que hacer algo para darse a conocer.

MARÍA. Pues yo ya me he enterado de todo sobre él, me lo ha contado Pilar, la de la librería, que es de su barrio y conoce muy bien a su familia.

MARTA. Ya me extrañaba que algo se te escapara.

MARÍA. Una que tiene sus buenos contactos.

RAQUEL. ¿Qué te ha dicho?

MARÍA. Que su auténtico nombre es Lucrecio Borja.

PETRA. Qué nombres más feos ponen ahora.

MARÍA. Resulta que su madre tenía delirios de

grandeza y siempre quiso ser una mujer muy importante que dominara a los hombres y los manejara a su antojo.

LUISA. Vamos, lo que todas.

MARÍA. Pero le salió mal y se quedó preñada de soltera, sin que nadie supiera quién era el padre de la criatura.

PEPI. Pobre mujer.

MARÍA. Entonces juró que se vengaría de los hombres. Si tenía una hija sería guapísima y se llamaría Lucrecia Borgia, que parece ser que fue una mujer que tuvo mucho poder en la antigüedad y hacía con los hombres lo que le daba la gana.

MARTA. Más o menos eso es lo que cuenta la historia.

RAQUEL. Pero debió salirle mal y la criatura fue varón, por lo que no pudo vengarse de los hombres.

MARÍA. Así es, y para colmo de desgracias, a Lucrecio Borja le ha dado por vengarse de las mujeres de una manera terrible.

MARTA. ¿Y eso?

MARÍA. Porque parece ser que está enrollado con Manolo, el cajero del banco.

LUISA. ¡Jesús bendito, qué desperdicio de hombre!

RAQUEL. Eso sí que es una tragedia, con los pocos hombres guapos que quedan, van y terminan liándose entre ellos, mientras las mujeres nos quedamos a dos velas.

PEPI. Este mundo no hay quien lo entienda.

MARTA. Supongo que algo habremos hecho las mujeres para que los hombres huyan de nosotras.

RAQUEL. Yo creo que la culpa la tienen sus madres que los tienen dominados.

PETRA. Tú deja a las madres tranquilas, que somos unas santas. Lo fácil que resulta echarle la culpa de todo a las madres, con lo que sufrimos para sacaros adelante, y así nos lo pagáis.

MARÍA. Yo creo que la culpa es de la tele porque nos mete ideas muy raras en la cabeza.

LUISA. Sea culpa de quien sea, la situación se está volviendo dramática.

RAQUEL. Bebamos entonces para olvidar nuestras penas.

MARÍA. Hoy terminamos borrachas.

LUISA. Pero al menos Pepi triunfará.

PEPI. Dios te oiga, pero cada vez tengo más miedo.

MARTA. Tranquila mujer, si luego resulta que la mayoría de los hombres son muy simples. Basta con que te rías de alguna gracia y le des mucha importancia a todo lo que ha logrado en la vida. Les encanta que les digan que son unos hombres hechos a sí mismos.

PEPI. Visto así no parece tan complicado.

RAQUEL. Si lo más difícil es conseguir que se decidan a invitarte a cenar, luego es pan comido.

Entra Juana.

JUANA. Buenos días. (Las mira sorprendida porque todas tienen la copa en la mano.) ¿No habré inte-

rrumpido algo?

MARTA. Claro que no, estamos en una pequeña fiesta de aniversario y todas las clientas son bienvenidas. ¿Sírvelte una copa y acompáñanos en la celebración?

JUANA. Creo que no debería, tengo la comida sin hacer.

MARTA. Por eso no te preocupes, eso nos pasa a todas. Anda, Raquel, saca otra botella que esta ya se ha acabado.

RAQUEL. Marchando. (Sale.)

LUISA. Más que festejar el aniversario de la tienda, se podría decir que estamos celebrando el día de la mujer olvidada por sus maridos, parejas o amantes.

JUANA. Por eso mismo venía yo.

MARTA. Mejor motivo para unirse a la celebración.

Regresa Raquel con la botella.

RAQUEL. ¿Por qué brindamos esta vez?

MARÍA. Por los hombres desde luego que no.

LUISA. No se lo merecen.

PEPI. Pues brindemos por nosotras.

PETRA. ¡Ay Virgen mía, me temo que esto va a terminar mal!

RAQUEL. Vamos, señora Petra, que una copa de champán siempre hace menos daño que cuarenta años de matrimonio.

MARÍA. Y que uno. El champán siempre está lleno de burbujas y ánimo, pero el matrimonio se disipa enseguida, como la gaseosa de mala calidad.

JUANA. El primer año no es del todo malo. Hay momentos muy buenos.

LUISA. Siempre hay alguna con suerte, como en las rebajas, que de vez en cuando se pilla una ganga. Como le ha pasado a Pepi.

PEPI. ¡Ojalá y tengas razón!

MARTA. (A Juana.) Y ahora, dinos qué deseas.

JUANA. He visto el body que tiene la maniquí pues-

to en el escaparate.

MARTA. Es muy bonito y sugerente, como habrás observado.

RAQUEL. Una auténtica gozada, yo tengo uno igual.

JUANA. Sí que lo es, pero no creo que me atreviera a ponérmelo.

MARTA. Yo creo que con tu figura te quedaría precioso.

LUISA. Cuánto daría yo por poder ponerme un body como ese, pero ni con dieciocho dietas a la vez conseguiría el cuerpo necesario. Tú eres joven y puedes permitirte. Si no lo haces, lo lamentarás dentro de unos años.

JUANA. No estoy segura, aunque sí quiero llevarme algún conjunto de lencería.

MARTA. ¿Cómo los prefieres, en blanco y diseños clásicos, o deseas algo diferente?

JUANA. (Indecisa.) Siempre he llevado prendas muy clásicas. Quizás me vendría bien probar con algo

más atrevido.

LUISA. Atrévete.

RAQUEL. ¿Cuánto atrevimiento te gusta?

JUANA. (Ruborizada) No lo sé, nunca me he comprado lencería provocativa.

MARTA. Creo que ya lo voy entendiendo. ¿Cuánto tiempo llevas casada?

JUANA. Va a hacer cinco años.

MARTA. ¡Ay, pobrecita! Casi nunca falla, ya has cumplido el primer quinquenio.

MARÍA. Y se acabó lo bueno.

LUISA. Suponiendo que lo haya habido antes.

JUANA. No entiendo de qué habláis.

MARTA. Conozco muy bien el negocio de la lencería y los matrimonios los divido en quinquenios. El primero es el de la pasión, donde todo suele ir fenomenal y la lencería no importa demasiado.

Marta coge unas cajas de los estantes.

MARÍA. Cuánta verdad hay en eso.

LUISA. Toma nota, Pepi, que esto te interesa.

PEPI. Ya sé lo que me hago. No olvides que viví tres años con un hombre.

LUISA. Que un día desapareció para irse con una pelandusca. Aunque en el fondo tuviste suerte porque era un desgraciado. Mira que era impresentable ese tipo, la de faenas que te hizo.

PEPI. Prefiero que no me lo recuerdes en un día tan importante.

LUISA. Llevas mucha razón. Afortunadamente, el nuevo no se parece en nada.

JUANA. (A Marta.) ¿Qué pasa con los otros quinquenios?

MARTA. El segundo es el existencial, porque siempre nos estamos haciendo preguntas sobre si le gustaremos a nuestro marido, y si él nos considerará tan atractiva como cuando nos conoció.

MARÍA. Qué más quisiéramos, aunque tampoco ellos se parecen en nada a lo que fueron al principio.

LUISA. Mucho hablar de que las mujeres se estropean con los años, pero hay que verlos a ellos cuando empiezan a echar barriga.

PETRA. Pero hay que aguantarse con lo que Dios nos ha dado.

RAQUEL. También lo puedes descambiar si no estás contenta.

LUISA. ¡Ay qué difícil resulta eso!

PEPI. ¿Qué es lo mejor para ese periodo?

MARTA. Lo ideal es recurrir a la insinuación con conjuntos donde haya transparencias, colores más fuertes, sobre todo negro, y los bodys también son muy recomendables.

Marta, ayudada por Raquel, abre las cajas y le va mostrando distintos conjuntos de lencería a Juana mientras las otras miran atentamente.

JUANA. ¿Y para los demás quinquenios qué recomiendas?

MARTA. En el tercero hay que poner toda la carne en el asador. Es el decisivo y para eso está el liguero,

nunca falla.

LUISA. Eso debió ser lo que me perdió a mí. Nunca he usado ligero, y así me ha ido.

PETRA. ¿Eso es lo de ponerse las ligas en las medias? Porque yo tuve unas ligas que me llenaron las piernas de cardenales, y creo que fueron las culpables de que ahora tenga varices.

RAQUEL. No, señora Petra, es algo muy diferente.

PETRA. Ya no saben qué inventar para ganar dinero.

MARTA. Por eso no conviene abusar de él anteriormente. No existe ningún hombre al que un ligero no le levante la pasión.

MARÍA. (Después de beber.) Con algunos ni el ligero ni una grúa. ¡Ay Dios mío que borracha estoy y cuántos disparates se me escapan! Si me oyera mi pobre Anselmo.

JUANA. Después del ligero, ¿qué viene?

MARTA. Rezar.

MARÍA. Ni con infinidad de rosarios, y lo digo por experiencia.

LUISA. Cuando se ha llegado hasta aquí es muy difícil que nuestro marido se emocione con nosotras, pero él ya no estará para muchos trotes, y sus posibles devaneos con otras mujeres más jóvenes serán fruto de su fantasía.

Juana continúa viendo los diversos conjuntos que le muestran entre Raquel y Marta.

JUANA. Creo que seguiré sus consejos y me llevaré el conjunto en negro y este body.

RAQUEL. Una afortunada elección. Podrás comprobarlo en el brillo de los ojos de tu marido cuando te vea.

MARÍA. Si es que no tiene ya cataratas, que es lo primero que le sale a los maridos cuando miran a su propia mujer.

MARTA. Vamos a tomarnos la última ronda antes de marcharnos. He decidido que esta tarde vamos a cerrar por descanso del personal.

RAQUEL. Menos mal, porque ya no me sostengo.

MARÍA. Pues yo tendré que dejar solo a mi marido en el despacho. En mi estado no voy a ver los boletos.

PETRA. (A Marta.) Pues si cerráis, te vienes a casa para hablar con tu padre y cantarle las cuarenta.

MARTA. Iré después de la siesta.

RAQUEL. Pues yo no sé lo que haré, pero a alguno hoy le digo cuatro cosas, vaya que si se las digo, para un día que estoy lanzada.

PEPI. ¡Ay chicas, rezad por mí!

LUISA. Lo haremos, si quieres hasta podemos ir con una pancarta para darte ánimos.

PEPI. No creo que haga falta, pero vámonos que tengo hora en la peluquería a las cinco y me gustaría descansar un poco antes.

MARTA. Espero que nos mantengáis informadas de todo lo que ocurra.

LUISA. Por supuesto.

MARÍA. Salgo con vosotras, a ver si llego derecha

hasta el puesto. No quiero ni pensar lo que va a decir mi Anselmo cuando me vea en este estado... En realidad nunca me ha dicho nada, y no creo que a estas alturas cambie.

Salen Luisa, Pepi y María.

JUANA. (Después de pagar.) Me voy yo también, y muchas gracias por la invitación.

MARTA. No hay de qué.

RAQUEL. ¿Qué tengas suerte con la elección?

JUANA. Eso espero. (Sale.)

MARTA. Vamos, madre, que tenemos que cerrar.

PETRA. Jesús, con las horas que son ya habrán cerrado la pescadería. Tendremos que volver a comer acelgas. Seguro que tu padre me dice que me habré pasado toda la mañana de pendoneo.

RAQUEL. Hay que ver cómo está la tienda. Espero que Remedios no nos monte la bronca mañana cuando lleguemos.

Salen las tres y la luz se apaga.

SEGUNDO ACTO

Remedios casi ha terminado de limpiar la tienda. Entra con dos copas de cava y coloca una en la mano del maniquí.

REMEDIOS. (Molesta.) ¿Recuerdas Marqués?... Tú fuiste testigo de que dijeron que iban a dejar champán y canapés para que celebráramos tú y yo una auténtica orgía... El culo de una botella y un canapé de ensaladilla es todo lo que nos han dejado, mientras ellas se habrán puesto ciegas. Pero no te preocupes, marqués, vamos a celebrarlo como Dios manda.

Reparte el cava que queda entre las dos copas, y choca su copa con la del maniquí en señal de brindis antes de beber.

REMEDIOS. Salud, guapo. ¡Ay qué pena que no seas un hombre! Con lo necesarios que son de vez en cuando, sobre todo cuando no se tienen. Bueno, hijo, como tú no bebes, será mejor que también me beba tu copa. Con la miseria que nos han dejado no se nos va a subir a la cabeza.

Coge la copa del maniquí y se la bebe antes de

comenzar a cantar, mientras simula que baila con el maniquí.

REMEDIOS. (Cantando.) Bésame, bésame mucho, como si fuera esta noche la última vez. Bésame, bésame mucho...

Entra Raquel.

RAQUEL. (En voz baja.) ¡Hola Remedios! ¿Qué estás haciendo?

REMEDIOS. (Sorprendida, mientras se separa del maniquí) ¿Qué voy a hacer? Pues colocar al marqués en su sitio que es mi trabajo... No voy a estar bailando un bolero con este desaborío.

RAQUEL. Eso parecía.

REMEDIOS. Como que está una para bailes. Anda que vaya fiesta que me habéis dejado.

RAQUEL. No grites tanto que me estalla la cabeza.

REMEDIOS. Si me hubierais dejado más champán, ahora no estarías así. Os pasáis todo el día de juerga y luego llegan las consecuencias. Así que a

aguantarse.

RAQUEL. La culpa no es solo del champán.

REMEDIOS. Mejor me lo pones. Mira como yo nunca tengo resaca. Ni champán, ni hombres, ni nada que se le parezca... Aunque no digo que de vez en cuando una fiestecilla no le haga bien al cuerpo. Que una no ha nacido para pasarse la vida quedándose en casa jugando al parchís con su suegra, que encima es una tramposa.

Entra Marta.

MARTA. Buenos días.

RAQUEL. Dirás terribles días.

REMEDIOS. O míseros días.

MARTA. ¿Qué os pasa?

REMEDIOS. Pues que va a pasar, que ella todavía está borracha. Como en esta tienda se lo beben todo las señoritas y se comparte tan poco con las pobres. Unas se lo pasan en grande con el champán mientras otras ni lo catan.

MARTA. Lo siento. No sabíamos cuánta gente iba a venir, ni lo que iban a beber. Te prometo que te invitaré cuando tú quieras.

REMEDIOS. A falta de hombres, nos tendremos que conformar con el alcohol.

MARTA. (A Raquel.) ¿Tan mal te sentó el cava?

RAQUEL. Si el cava me sentó muy bien.

MARTA. ¿Qué te ha pasado entonces?

REMEDIOS. (Mientras termina de recoger) ¿No habrá sido por culpa de un hombre?

RAQUEL. No por culpa de uno, fue por culpa de muchos.

MARTA. ¿Y eso?

RAQUEL. Anoche, con el ánimo que me dio el cava, me fui a la discoteca con una de mis amigas... Yo iba dispuesta a triunfar, porque pienso yo que una no está para despreciar.

REMEDIOS. Hija, tú eres muy mona y no te faltarán pretendientes majos.

RAQUEL. Pues me pasé tres horas de plantón sin que ni un solo tío se acercara. Vamos que no había ni un hombre con todo lo que hay que tener en toda la discoteca.

MARTA. Con razón digo que se está poniendo fatal.

REMEDIOS. Y tanto. Esta sequía parece que no la soluciona ni el gobierno. Mucho hablar de paro e inflación, pero a nosotras que nos zurzan. Hacen muchas promesas electorales, pero ningún partido se compromete a que todas las mujeres tengamos un hombre guapo, simpático, inteligente y con dinero a nuestro lado, que es lo menos que merecemos.

MARTA. Eso no lo pueden prometer porque los hombres así no existen. ¿Has visto tú a un solo político que reúna esas cualidades?

REMEDIOS. La verdad es que no. Ni político, ni de los otros.

RAQUEL. Ya no sé lo que hacer.

REMEDIOS. Pues yo me marcho antes de que hasta el marqués nos deje plantadas. Hoy tengo el día

animado, así que me voy a armar bronca con mi suegra.

MARTA. ¿No os pegaréis?

REMEDIOS. A tanto no llegamos, aunque no es por falta de ganas, pero a veces vuela alguna que otra sartén. El otro día me tiró un melón y casi me da en la cabeza.

RAQUEL. ¡Qué bestia!

MARTA. ¿Le hiciste tú algo para que se enfadara?

REMEDIOS. Nada. Estábamos discutiendo igual que todos los días. Recuerdo que ella me dijo que yo quería envenenarla con el puré, y le contesté que cuando se muriera la iba a enterrar en un ataúd de segunda mano, y con lo que me ahorrara me iba a ir de viaje a Canarias... En fin que no hay quien entienda a las suegras. Hasta luego chicas (Sale.)

MARTA. No me gustaría estar en medio de una discusión de Remedios con su suegra.

RAQUEL. Y yo no quisiera tener que trabajar hoy.

MARTA. Pues mientras no nos toque la primitiva habrá que aguantarse.

RAQUEL. Hablando de primitiva. Por ahí llega tu madre.

Entra Petra.

PETRA. No me habléis que no veáis como vengo. Prefiero no hablar porque la voy a armar muy gorda. Mejor me callo que la lío.

Marta y Raquel la miran en silencio, pero ninguna le habla mientras Petra las mira impaciente.

PETRA. (Enfadada.) Pero es que encima vais a tener la desfachatez de no preguntarme qué me pasa. ¿El sufrimiento de una pobre anciana os trae sin cuidado?

MARTA. Como has insistido tanto en que no te habláramos.

RAQUEL. No queríamos agravar su pena obligándola a hablar en unas condiciones tan terribles.

PETRA. Pues vengo con los nervios que se me escapan por las venas. Vamos que no puedo sujetar-

los.

RAQUEL. No será para tanto, seguro que tiene arreglo. Todos los males tienen arreglo menos los míos.

PETRA. (A Marta.) El que no tiene arreglo es tu padre. Yo no sé lo que le dirías, pero el caso es que no me habla desde que fuiste.

MARTA. No, si ahora voy a tener yo la culpa.

PETRA. Pues claro. Hasta que no hablaste con él no pasó nada. Seguro que algo maquinasteis entre los dos en mi contra.

MARTA. ¿Y no se te ha ocurrido pensar que también podría deberse a otra causa?

PETRA. Pues no, porque llevo razón.

RAQUEL. Los hombres no necesitan muchos motivos para enfadarse y dejar de hablarnos. Fíjese en Harrison, lleva aquí un año y todavía no nos ha dicho ni una palabra.

PETRA. No tengo yo el cuerpo para bromas, que esto es muy grave.

Entra María.

MARÍA. ¡Ay chicas, qué bien estuvo lo de ayer! Hacía tiempo que no me divertía tanto. Tenemos que repetirlo más a menudo.

RAQUEL. (Mirando a Petra.) Las hay que no piensan lo mismo.

MARÍA. ¿Qué le pasa, señora Petra?

PETRA. Que mi marido no me habla.

MARÍA. Pero eso es una bendición, mujer. Ya quisiera yo que el mío no me hablara. Total para lo que dicen. (Imitando la voz de un hombre.) Oye que la comida está fría. ¿Qué ropa me pongo hoy? Mañana hay partido y tengo que ir a verlo al bar. (Vuelve al tono de voz habitual.) O hablan de tonterías, o se pasan el tiempo quejándose de lo mal que lo hacemos todo.

PETRA. Si yo no digo que en eso no lleves razón, pero no hay derecho después de lo que una se sacrifica.

MARTA. (A María.) Mi madre piensa que yo soy la culpable de todo.

PETRA. A saber lo que le dirías.

MARTA. Le dije que ya era mayor de edad para saber lo que hacía, y que si quería pasarse lo que le quedaba de vida como un viejecito enfermo, no esperara que tuviéramos lástima de él.

PETRA. ¡Ay que ver las cosas que le dices a tu padre!

MARTA. Pues lo que habíamos hablado.

PETRA. Pero con él hay que tener cuidado. Ya sabes que el pobre es muy sensiblero y enseguida pierde el ánimo.

MARTA. Juro que no os entiendo, y se acabó. No pienso prestarme más a arreglar vuestros problemas. Luego resulta que soy la culpable de todo, y estoy harta de estar en medio de todas las broncas.

PETRA. Lo que tenemos que sufrir las esposas y las madres. Ya me gustaría que estuvieras casada y con hijos para comprender la cruz que llevamos a cuestas.

MARTA. Cada vez me quedan menos ganas de comprenderlo.

RAQUEL. (A Petra.) ¿Cuándo fue la última vez

que su marido le dijo algo bonito?

PETRA. De eso ya no me acuerdo. Seguramente fue la última vez que llegó diciendo que le habían subido el sueldo.

RAQUEL. Eso es lo que yo llamo un hombre romántico.

MARTA. Mi padre siempre lo ha sido, casi tanto como mi madre. Por eso se han pasado casi cuarenta años juntos.

PETRA. No, si ahora te vas a meter con los dos.

MARTA. Yo nunca me meto con nadie, pero me llevo las culpas de todo lo que pasa, hasta de que no te hable.

PETRA. Pues sí.

MARÍA. Si es lo que yo digo. A los maridos se les acaban las palabras hermosas en dos días como mucho. Los pobres están mucho mejor cuando se callan. (Mira al maniquí.) Por cierto, chicas, hablando de mudos, ¿vendéis muchos calzoncillos como los que lleva el el bueno de Harrison?

RAQUEL. Muy pocos. Los hombres no se atreven a entrar en una tienda donde haya mujeres para comprarse calzoncillos, les da mucha vergüenza que sepan lo que llevan por dentro.

MARTA. Casi siempre los compran sus mujeres o sus madres, y estas prefieren llevarse los más baratos. Los lotes de tres pares por quinientas pesetas.

MARÍA. Ya me parecía, porque yo a mi Anselmo no lo veo con algo tan elegante. Demasiados calzoncillos para tan poco hombre.

RAQUEL. En realidad tenemos a Harrison en la tienda más por motivos sentimentales que prácticos. Como símbolo del último hombre que es capaz de escuchar a las mujeres sin salir corriendo.

PETRA. Más decente estaría si le pusierais una camisa y unos pantalones.

MARTA. Madre, recuerda que en esta tienda solo vendemos ropa interior.

RAQUEL. Y un hombre vestido, aunque sea un muñeco, solo sirve para criticarlo.

Entra Luisa. Va muy contenta.

LUISA. Chicas, no veáis que exitazo ha tenido Pepi en su cita.

MARÍA. Cuenta mujer, que para algo bueno que pasa.

RAQUEL. Aunque sea a otras.

LUISA. Pues veréis, ella acudió a la cena muy nerviosa. Se temía lo peor, aunque la había aleccionado con todo lo que tenía que hacer según se fueran desarrollando los acontecimientos.

MARTA. Para eso están las amigas.

RAQUEL. (Irónica.) Y yo que pensaba que era para ponerlas verdes cuando no estuvieran presentes.

MARÍA. No interrumpáis a Luisa. Sigue, mujer.

LUISA. La velada fue maravillosa, aunque no me ha especificado todos los detalles... Fijaos si todo habrá salido bien que a primera hora Pepi apareció en la oficina para decir que se tomaba diez días de vacaciones.

MARTA. ¿Y eso?

LUISA. Porque el abogado se le declaró y se van de viaje por el Caribe. Hasta puede que se casen en una playa desierta bajo las palmeras.

RAQUEL. No puede ser. Ese es el sueño de mi vida y no es justo que le toque a otra.

MARÍA. Desde luego las hay que tienen mucha suerte.

PETRA. Mucho descaro es lo que tiene. Irse de viaje por ahí largo el primer día que se sale con un hombre. Yo, desde luego, nunca hubiera aceptado.

MARTA. Me temo, madre, que a ti nadie te lo habría propuesto.

PETRA. Oye, que una también tuvo sus años buenos y apuestos mozos que me pretendían... Lástima que eligiera a tu padre.

MARÍA. Quién le iba a decir a Pepi, con lo cara de mosquita muerta que tiene, y lo sin sustancia que parece, que iba a tener tanta suerte.

RAQUEL. Mientras las que llevamos años buscan-

do nuestra oportunidad no nos comemos una rosca.

LUISA. (Molesta.) Todo me lo debe a mí. Sin mi ayuda se hubiera apolillado encerrada para siempre en su casa. Yo la he animado y le he dado los mejores consejos que se le pueden dar a una amiga... Seguro que luego no me agradece todos los sacrificios que he hecho por ella.

RAQUEL. Esa, cuando tenga el chalet y el abrigo de pieles ya no se acuerda de nadie.

MARÍA. Desde luego, las que todo lo matan callando son las peores, pues no las conozco yo bien.

LUISA. Y yo soy tan tonta que me preocupo por conseguirle un hombre encantador mientras me tengo que conformar con un calzonazos en casa. Desde luego me está bien empleado por tonta.

MARTA. Ese es el mayor defecto que tenemos las mujeres. Mucho criticar a los hombres, pero en cuanto podemos nos clavamos las uñas entre nosotras.

LUISA. Pues ya escarmentará algún día la muy arpía de Pepi. Las mujeres contentas de hoy serán las engañadas mañana, y entonces que no venga a pedir-

me ayuda, que le diré cuatro verdades bien dichas.

MARÍA. Yo me voy a ir que tengo que volver al puesto, y porque se me ponen muy malas pulgas cuando una se entera de ciertas cosas. Esto no se le hace a las amigas

LUISA. Me voy contigo y así hago una primitiva. Que se va a enterar esa de lo que es bueno si me toca un buen pellizco. Vaya que si se entera. (Salen las dos.)

PETRA. Me voy yo también, a ver si tu padre entra en razón, porque si no, lo dejo sin comer.

RAQUEL. Si todas se van, ¿qué hacemos nosotras?

MARTA. Pues yo creo que marcharnos también. (Se gira al público.) Porque las mujeres lo hemos dicho todo y los hombres que hay en la sala no tienen cara de querer comprarse calzoncillos buenos. Y la obra tiene que terminar antes de que hagamos liquidación total.

Salen las tres y la luz se apaga.